

***¡Ejército Rojo: escucha y prepárate! Discurso en la reunión  
ceremonial del Sóviet de Moscú dedicada al cuarto  
aniversario del Ejército Rojo  
León Trotsky  
23 de febrero de 1922***

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “Listen and Get Ready, Red Army! Speech at the Ceremonial Meeting of the Moscow Soviet Devoted to the Fourth Anniversary of the Red Army, February 23, 1922”, en León Trotsky, *Materials and Documents on the History of the Red Army, The Military Writings and Speeches of Leon Trotsky How the Revolution Armed, Volume V: The Years 1921-23*, en formato pdf sin numeración; también para las notas. [Trotsky Internet Archive](#) (descargado el 1 de abril de 2024). 23 de febrero de 1922. Del estenograma del Sóviet de Moscú.)

¡Camaradas! Hacemos coincidir el aniversario del Ejército Rojo con la fecha de hoy porque el decreto sobre la creación del Ejército Rojo fue promulgado hace exactamente cuatro años<sup>1</sup>. En realidad, sin embargo, el Ejército Rojo nació junto con el proletariado revolucionario en aquel momento, en aquella hora desconocida en que el primer obrero revolucionario empuñó un revólver (pero ¿por qué un revólver?: ¡un palo o una piedra) para apuntar a la cabeza del zarismo y de la burguesía, sabiendo que luchaba no sólo por su propio destino, sino por el de toda la clase obrera. Ese primer momento, que nunca estableceremos y que ningún historiador determinará jamás, fue el verdadero cumpleaños del Ejército Rojo. Los pacifistas que huelen a incienso no lo entienden ni lo entenderán nunca.

El Ejército Rojo es la encarnación organizada y armada de la revolución proletaria. Hoy he encontrado por casualidad un artículo de un socialista extranjero que incluso se cree comunista. Predica que la lucha contra el militarismo no debe cesar nunca, sea cual sea el color protector que asuma este militarismo. La emancipación del proletariado, nos asegura, sólo puede alcanzarse mediante la solidaridad y no mediante la fuerza, el derramamiento de sangre, no mediante “los métodos del militarismo”. Este tipo de superstición, digna del más miserable tolstoiano, todavía encuentra refugio en las cabezas de algunas personas que se consideran revolucionarias. Para nosotros, que hemos hecho la revolución, no se puede englobar bajo el concepto único de militarismo el sistema militar de la burguesía y el Ejército Rojo. Para nosotros el ejército es un sector organizado y armado de la clase obrera, que lucha por el poder, toma el poder y defiende lo que ha tomado.

A lo largo de sus cuatro años, la historia del Ejército Rojo ha sido la historia de la clase obrera en lucha. El primer período de esta historia consistió en tentativas precipitadas, febriles y a menudo impotentes de armar a los destacamentos avanzados de la clase obrera. Recuerdo cómo, en el momento en que se rompieron las negociaciones de Brest-Litovsk y el imperialismo alemán lanzó una nueva ofensiva, los obreros de Moscú y Petrogrado fueron presa de un entusiasmo militante. Recibimos telegramas del camarada Muralov sobre cómo los obreros de todas partes exigían ser armados, sobre cómo, en todas partes, se formaban apresuradamente regimientos revolucionarios. Pero

---

<sup>1</sup> “Decreto sobre la formación del Ejército Rojo” y “Resolución del V Congreso Panruso de los Sóviets sobre la creación del Ejército Rojo y Campesino”, en nuestra serie *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921* (decretos revolucionarios et alii).

cuando, al cabo de una semana, hicimos el recuento de las fuerzas que habíamos logrado crear, resultó una cifra miserablemente ínfima: ni siquiera miles, apenas centenares.

Y todo el primer año lo pasamos en esos intentos, que se expandieron en círculos concéntricos. Construimos unidades bajo los golpes del enemigo, cometimos muchos errores, nos tambaleamos entre dos extremos: entre los intentos de reproducir completamente lo que había existido antes, es decir, verter nuevos contenidos en la vieja forma familiar ya hecha y conocida, y la prisa por crear en muy poco tiempo un ejército tal y como el mundo nunca había visto antes: convertir sus defectos, su ingenuidad e ignorancia militar, su falta de organización en dios sabe qué ventajas revolucionarias.

Esta oscilación entre el rutinismo, la mirada retrospectiva, y lo que llamaré superficialidad revolucionaria era inevitable en una época de cambios bruscos como la nuestra.

Sin embargo, luchamos con estas unidades organizadas apresuradamente. Hubo batallas en las que, muy a menudo, bloqueamos todas las brechas de nuestro frente con los mejores elementos obreros de Petrogrado y Moscú, de Ivánovo-Voznesensk, el Dombás y los Urales.

Comenzamos esta reunión honrando la memoria de los caídos. Algún día recopilaremos sus nombres, los escribiremos y contaremos: cuántas vidas preciosas de los mejores seres humanos, cuánto entusiasmo, cuánta capacidad y devoción yacieron allí en las diferentes etapas de nuestra dura lucha contra enemigos que estaban mejor organizados, armados y entrenados que nosotros.

Mirando hacia atrás, y partiendo de la experiencia que hemos ganado, uno se dice a veces: “¿Cómo pudimos vencer con las fuerzas que teníamos en 1918?” Nuestro ejército era numéricamente débil y estaba mal organizado, y si ganamos fue sólo porque no se trataba de un “ejército” en el sentido corriente de la palabra, sino de la encarnación de la clase obrera revolucionaria. Precisamente porque la revolución de la clase obrera era portadora de una nueva idea contra la vieja, sus enemigos fueron incapaces de resistirla. La revolución amplió sin cesar su base: a pesar de toda la inestabilidad y vacilación de las masas campesinas, la revolución las abrazó sin cesar y las ligó a sí misma.

En 1919 y 1920 luchamos con lo que ya era una mejor arma de lucha. Pero en aquel período contábamos con que nuestra lucha en los frentes se fusionaría, cualquier día, con frentes que se extenderían por toda Europa, desde nosotros hasta occidente, que se extenderían, estábamos seguros, por toda Europa. Esperábamos que la guerra que estábamos librando se fusionaría con la revolución proletaria en occidente en los próximos meses, tal vez semanas.

Semana tras semana, mes tras mes... y llegó el cuarto año. El Ejército Rojo existe, pero la revolución en Europa occidental se desarrolla mucho más lentamente de lo que esperábamos hace cuatro o cinco años. La revolución se desarrolla, por supuesto, y los informes presentados en la conferencia de nuestra Internacional por los dirigentes más responsables de nuestros partidos hermanos atestiguan que la Internacional avanza con firmeza y confianza y que la burguesía se acerca al abismo cada mes que pasa. Pero el férreo armazón de la sociedad burguesa en occidente está demasiado bien armado y se desmorona con demasiada lentitud. Cuando sus componentes se han hecho añicos, cuando parece que sólo hace falta un empujón más y todo se vendrá abajo, resulta que en esta robusta estructura centenaria todavía hay suficiente inercia, todavía hay suficiente conservadurismo, que sirve en lugar de eslabones vivos; y el viejo edificio sigue resistiendo, y requiere nuevos esfuerzos, una presión renovada por parte de la clase obrera.

Hemos tenido que adaptar la estructura de nuestro Ejército Rojo a estas nuevas condiciones de la situación internacional. Reconociendo que la revolución puede tardar

mucho tiempo, nos hemos visto obligados, en primer lugar, a buscar acuerdos sobre cuestiones prácticas con los gobiernos burgueses que existen actualmente. En segundo lugar, nos hemos visto obligados a aprovechar el “respiro” no deseado que se nos ha dado, entre la revolución rusa y la revolución mundial para consolidar, fortalecer, organizar y adiestrar al Ejército Rojo.

De la experiencia de estos años hemos aprendido a valorar la fuerza creadora de la revolución. Sabemos que la revolución hace milagros, que levanta a las capas oprimidas del pueblo y les permite poner manos a la obra en la construcción de su propio destino. Pero al mismo tiempo estamos infinitamente alejados de la arrogancia revolucionaria, del engreimiento revolucionario, de la fanfarronería revolucionaria, que supone que basta con instaurar un régimen revolucionario y todos los problemas están resueltos. El régimen revolucionario es sólo el andamiaje de la nueva cultura. Para construir la nueva cultura tenemos que aprender a levantar el nuevo edificio piedra a piedra, ladrillo a ladrillo. Y esto se aplica plenamente al ejército.

Aunque invariablemente salimos victoriosos de nuestra lucha contra las bandas blancas, la lucha será más dura cuando nos encontremos con una técnica mejor, un nivel de liderazgo superior y una organización más eficaz. Ya hemos aprendido a decirnos la verdad a nosotros mismos. Hemos tenido tantos fracasos como éxitos. El hecho de que obtuviéramos tantas victorias atestigua nuestra fuerza real: el hecho de que nuestro Ejército Rojo estaba compuesto por un material como el que no posee ningún estado burgués del mundo. Pero, a pesar de ello, todos nuestros esfuerzos deben dirigirse a convertir el tosco andamiaje de nuestro edificio en una verdadera casa: una casa en la que las paredes se sostengan adecuadamente, una casa que esté debidamente techada y acristalada. Y este cuidadoso trabajo hay que hacerlo ahora, ya que no pudimos hacerlo en los primeros años de nuestra lucha.

Es cierto, ahora vamos a la Conferencia de Génova, para hacer la paz. Vamos, pero aún no hemos llegado. Nuestros camaradas diplomáticos, al parecer, no se dan prisa en comprar sus billetes para Génova, porque la burguesía (a juzgar por los telegramas impresos en nuestros periódicos), en su búsqueda del “equilibrio económico”, está rompiendo ese equilibrio, ahora en este punto, ahora en aquél. En Francia, el gobierno que participó en la decisión de celebrar la Conferencia de Génova ha sido derrocado: Briand ha sido sustituido por Poincaré. Se nos invitó a Italia, pero apenas el gobierno italiano de Bonomi tuvo su generoso gesto de hospitalidad, también cayó de espaldas. Posteriormente hemos recibido informes de que Lloyd George está muy cansado. Su trabajo es, por supuesto, extremadamente fatigoso, pero, de todos modos, es extraño que su cansancio se haya intensificado justo ahora, en el momento de la Conferencia de Génova. ¿Significa todo esto que, entre las clases dominantes, a medida que se acerca la Conferencia de Génova, están llegando a la cima aquellos elementos que no quieren llegar a un acuerdo con nosotros y que han decidido ligar su destino al de la renovada intervención de la que hablan los emigrados en las “gateras” extranjeras, informes de lo que se filtra en la prensa ruso-blanca, y sobre los que recibimos información de nuestros amigos en el extranjero? En cualquier caso, estos frecuentes rumores de una nueva intervención y las intenciones de nuestros vecinos, tanto cercanos como lejanos, se combinan para constituir una amenaza para nosotros. Esta amenaza no es, por supuesto, tal que pueda despertar el pánico aquí: por muy hábilmente que nuestros enemigos planeen sus planes, nosotros, después de todo, nos hemos hecho más fuertes de hecho, nos hemos hecho más listos en todos los aspectos.

Aunque el movimiento revolucionario no tiene hoy la fuerza suficiente para derrocar a la burguesía, sí la tiene para darle un empujón definitivo y perceptible. El destino de la Rusia soviética se pesa de nuevo en la gran balanza mundial. Y mientras

hoy un platillo se inclina sobre Génova, el otro, el sangriento, puede que en el último momento resulte estar más cerca de nosotros.

Por eso observamos tanta tensión en los centros y en los ejércitos. Hace seis meses y, sobre todo, hace nueve meses, vimos aquí un esfuerzo por arrebatar al Ejército Rojo tantas fuerzas y recursos como fuera posible. Esa era una tendencia bastante comprensible: era una reacción después de la terrible tensión que había durado tres años. En el mes actual, en el mes de las intensas discusiones sobre nuestro reconocimiento y de las conversaciones sobre la Conferencia de Génova, vemos algo diferente. Vemos un movimiento de confraternización entre el pueblo trabajador y el ejército, de patronazgo de los sóviets, de los sindicatos y de instituciones particulares sobre las unidades del Ejército Rojo. Cuando propusimos la idea de vincular las unidades militares a los sóviets, ninguno de nosotros tenía la menor esperanza de que este movimiento se desarrollara tan rápidamente y produjera resultados tan espléndidos en las semanas siguientes.

¿Qué significa el hecho de que los sóviets, las fábricas, las instituciones y los sindicatos se apresuren a “adoptar” unidades individuales, a acercarse a ellas y a mimarlas? Significa que, entre los trabajadores rusos, la revolución ha despertado un verdadero e infalible instinto de estadista revolucionario. Significa que los proletarios moscovitas, hombres y mujeres, han asimilado de nuestros discursos, artículos e informes telegráficos dispersos, de toda la situación y de la atmósfera circundante, esta conclusión: la lucha entre las fuerzas históricas pasa ahora por un cierto punto crítico, y este punto crítico puede significar, con igual probabilidad, o bien el reconocimiento de la Rusia soviética, es decir, un nuevo y prolongado respiro para nosotros, o bien un nuevo golpe asestado contra nosotros, una nueva lucha sangrienta, más severa y más decisiva que todas las guerras que nos preceden.

Y eso no es todo: el instinto revolucionario de estado hace pensar a nuestros proletarios y proletarias que las posibilidades de desviar la escala sangrienta de una nueva guerra esta primavera serán tanto mayores cuanto más clara y nítida se muestre la sombra del Ejército Rojo en la pantalla diplomática de Génova.

Nuestros diplomáticos, los representantes revolucionarios de la república soviética, deben tener la confianza interior de que [sus decisiones] serán respaldadas por todos los obreros y campesinos de Rusia.

Y si dicen: “No haremos tales y tales concesiones”, eso significará que toda la clase obrera y todo el campesinado repetirán después de ellos un resuelto “no”. Pero no basta con decir “no”. Hay que saber defender el “no” frente a los que quieren imponernos su “sí”. Cuando rechazamos las inaceptables impertinentes importunidades de los imperialistas, lo haremos apoyándonos no sólo en la conciencia revolucionaria con la que fuimos armados (¡ay, armados sólo con eso!) en Brest-Litovsk: no, seremos firmemente conscientes de que, detrás de nosotros, está la organización, la experiencia y el armamento del Ejército Rojo.

Habríamos deseado que la Conferencia de Génova se hubiera celebrado lo antes posible. Estamos interesados en establecer relaciones económicas normales y adecuadas. Pero si se aplaza, no desaprovecharemos el período del aplazamiento. El aplazamiento de la conferencia significará la victoria temporal de los elementos intervencionistas de la burguesía, y por tanto la agudización del peligro, y exigirá que tomemos grandes precauciones y hagamos grandes preparativos. Por eso decimos: Ejército Rojo, ¡cada semana que se aplaze la Conferencia de Génova será una semana de adiestramiento y preparación para vosotros! No perderemos el tiempo: el tiempo que nos obliguen a perder en el terreno de la diplomacia lo emplearemos en el terreno de la organización y el fortalecimiento del Ejército Rojo. Y la resultante de este paralelogramo de fuerzas será a nuestro favor.

Nuestra preparación (de esto hemos hablado en varias ocasiones, y fue confirmado por el IX Congreso de los Sóviets) es, ante todo, la preparación, en el soldado, del ciudadano revolucionario. Tenemos que elevar a un nivel superior a nuestros jóvenes en el ejército y, ante todo, librarlos decidida y definitivamente de la vergonzosa mancha del analfabetismo. Para el Primero de Mayo no debe haber ni un solo soldado analfabeto en el Ejército Rojo... A vosotros, al Sóviet de Moscú, a vosotros, a las brigadas y escuelas de distrito, el Ejército Rojo os pide, espera de vosotros, que no permitáis que nadie siga siendo analfabeto entre vuestros “hijos” de la gran familia que habéis adoptado. Les daréis maestros, les ayudaréis a dominar los medios técnicos elementales por los que un hombre puede convertirse en un ciudadano consciente.

La alfabetización está lejos de serlo todo, la alfabetización es sólo una ventana limpia al mundo, la posibilidad de ver, de comprender, de conocer. Esta posibilidad debemos dársela, antes que nada.

Debemos dar a cada soldado del Ejército Rojo una idea clara y precisa de quiénes son nuestros enemigos y quiénes nuestros amigos, hablarle de esto con las palabras sencillas y claras con que hay que hablar a la juventud obrera y campesina que carece de experiencia política.

Debemos enseñar a nuestro soldado del Ejército Rojo a mirar el mundo entero con una mirada revolucionaria clara, libre y audaz. Todas las supersticiones inspiradas por los brujos y sacerdotes de todas las religiones deben encontrar una crítica clara y definida en el lenguaje honesto y franco de la ciencia materialista.

Así, cada combatiente, sea obrero o campesino, debe saber y comprender que en la base del mundo está la ley del cambio de la materia, que todo lo viviente es el producto de un largo proceso de cambio, que el hombre tiene tras de sí una inmensa cadena de antepasados, que se remonta al primer organismo viviente elemental, y que este mismo hombre, en su desarrollo posterior, ha tomado su destino en sus propias manos, que va hacia adelante, abriendo nuevos mundos, derribando a todos los soberanos de sus tronos tanto celestiales como terrestres, y diciendo: No, yo no necesito ningún señor soberano, yo soy el hombre, organizado en el socialismo, yo soy el amo y señor de todas las cosas...”

A los soldados del Ejército Rojo de todas las categorías, debemos dotarlos, no por la fuerza, sino mediante una propaganda inteligente, persistente y científica, de este orgullo, de esta conciencia revolucionaria que corta el cordón umbilical de las viejas supersticiones.

Otra de nuestras tareas es ésta: garantizar que nuestro ejército aborde el oficio de soldado como un arte complejo que requiere estudio: el dominio de las habilidades, la repetición de prácticas, la crítica y el trabajo incansable sobre uno mismo. Nuestro quinto año será un año de estudio. Con el mismo entusiasmo, abnegación y conciencia con la que los obreros avanzados, seguidos por los campesinos, lucharon y murieron en los frentes de la guerra civil, dominaremos en los próximos meses los métodos militares más correctos, la organización militar, la técnica y los procedimientos tácticos y estratégicos.

¡Sin autoengaños, sin ilusiones! La historia puede plantearnos una tarea de una inmensa gravedad: puede llegar un momento, y en un futuro muy próximo, en que las dimensiones del movimiento revolucionario en occidente todavía no sean lo suficientemente fuertes como para derrocar de una vez por todas a la sociedad burguesa, y la burguesía, presintiendo la proximidad de la embestida decisiva, haga su último esfuerzo desesperado para aplastar el nido ruso de la revolución mundial. En dos o tres meses pueden producirse acontecimientos de la mayor importancia. En última instancia, por supuesto, la historia pondrá todo en su sitio, el proletariado triunfará (porque, si la burguesía tuviera éxito, en la última hora de su propia vida, en conducir un rodillo de hierro sobre la república soviética, eso significaría, incluso así, no el fin de la revolución

social, sino sólo el fin de nuestros sóviets existentes; y sabemos que una nueva generación se levantaría entonces, sobre nuestros huesos, para continuar la lucha por nuestra causa.

Si, por supuesto, en Alemania o en Francia se desarrolla una revolución proletaria victoriosa antes de que la burguesía intente lanzar su último intento de caer sobre nosotros, tanto mejor. Sin embargo, incluso en ese caso, creo que el Ejército Rojo no resultaría superfluo. Pero si, por el contrario, la revolución se retrasa y la burguesía se apresura a impedirlo, tendremos un ejército fortalecido material y moralmente, adoptado en su totalidad no sólo por la clase obrera en su conjunto, sino también, en detalle, por las organizaciones obreras individuales, un ejército que ha aprendido de su experiencia de cuatro años de lucha, la ha absorbido y se ha purgado de errores: un ejército que se ha hecho más fuerte de lo que era.

Por eso, el aumento del interés, la atención y el amor hacia el Ejército Rojo que hemos observado recientemente aquí en Moscú, y una de cuyas expresiones es esta reunión ceremonial, es un síntoma de inmensa importancia histórico-revolucionaria. Esta atención mostrada por el pueblo trabajador nos impone a nosotros, trabajadores del departamento de guerra, responsabilidades dobles, decuplicadas.

Ustedes, camaradas, representantes de las unidades en Moscú, al igual que todos los trabajadores del ejército en toda Rusia, deben decirse que esta nueva y repetida adopción de su Ejército Rojo por la clase obrera exige del ejército que sea digno en todos los aspectos de su padre adoptivo. Y eso significa, ante todo, que el Ejército Rojo debe aplicarse concienzudamente a sus deberes, prestando atención a cada pequeña cosa. Eso significa que, donde se utilice el hacha, debemos cortar y redondear con la mayor precisión y acierto posibles. Eso significa que debemos recordar que en el oficio de soldado no hay nimiedades, ni asuntos sin importancia, ni bagatelas. Porque la victoria o la derrota dependen de las nimiedades, de los detalles, de las supuestas “bagatelas”, y nosotros queremos la victoria.

Camaradas. En el día del cuarto aniversario resolvemos firmemente prepararnos para una lucha renovada, si nos obligan a la guerra; y, por todos los indicios, ese peligro no ha pasado. Pues el fin del conflicto entre el trabajo y el capital aún está lejos. La burguesía no nos dejará en paz. Y puesto que el peligro no ha pasado, puesto que tendremos que luchar, lucharemos como es debido... Y en el día de nuestro cuarto aniversario, aquí, en nombre del Sóviet de Moscú, debemos lanzar un llamamiento al Ejército Rojo en todo el país: “¡Escucha, prepárate! ¡Prepárate para la lucha y prepárate para la victoria! El proletariado de Moscú, cabeza y corazón del proletariado de Rusia, está contigo, Ejército Rojo”

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)